

arzo
1918

PACIFICO

PRECIO:
UN PESO

MAGAZINE



EL DESNUDO

Por

MIGUEL LUIS ROCUANT

Con ilustraciones fotográficas.

El desnudo es bello. Su línea, flexible, va, desde el perfil de lo esclavizado en lo inmóvil, en las quietudes minerales, al contorno de lo que divaga y lucha. Es la guía de la enredadera, la voluta de la ola. Y su palidez, venida a la luz con algo del escalofrío de la raíz desnuda, sube, trémula, hasta el punto liberador, hasta donde pasa de la pulpa, que la vegetaliza en la flor, a las formas, que la animalizan en la carne. La calidez devoradora, que en los pétalos niveos es oxidación amarillenta, arde, en sus blancuras, como fuego... Su vida sonríe y sueña. Es una síntesis. Todo lo que en la fibra vegetal es instinto sometido al florecer, y todo lo que en la actividad de los animales se originó en las necesidades biológicas,—la ligereza en el retraimiento pavorido, la violencia en el salto y el serpeo en las acometidas por hambre o por amor,—es, en su vida, libertad. Sin estar sujeto a nada fatal y enardecido por anhelo ignorado de las plantas y de los animales, luce las líneas de todos los organismos inferiores de la naturaleza. Va de lo inmóvil a lo undoso, de lo recto a lo polirítmico. Su perfil se define como el más apto para la vida de relación, para el desvío, la caricia, el halago; es, en su simplicidad, un resumen de los movimientos y las ansiedades de la flora y de la fauna.

Este visible carácter de síntesis lo ha hecho vivir, en el arte, la vida de la luz. Su palidez insinúa no sé qué pureza del candor primitivo; diríase una supervivencia de los desnudos míticos, de los azulados por el primer cielo y sombreados por las primeras ramas. Su belleza es algo que, influido por atmósfera propicia, por fondo en armonía con la idealidad de sus tonos, llega al ensueño. Para el que lo ve así, en el despliegue de sus valores más finos, para el que lo siente latir animado por savia de alegrías y promesas, no es ya un simple motivo de luz, es un tema de vida que desenvuelve sus ansiedades en línea y color; una imagen

que se pierde, por su transcendencia, en lo abstracto. Al definirlo en el lienzo, el artista pone, en cada pincelada, espíritu. El menos decidido de sus matices es el comienzo de una divagación emotiva. El límite fugitivo, la línea casi ilusoria por donde corren unidas la luz y las penumbras modeladoras, es, para su sensibilidad, el dibujo de algo ideal, de una delicia, de un recuerdo, de una emoción. La luz que se insinúa en la curva del hombro, se desvanece en los brazos, se intensifica en el relieve de los pechos y llega a la plenitud de su expresión en las morbideces enaltecidas por las sombras inguinales, muere, al desparramarse en los contornos, en deseos, en esperanzas. El desnudo, que influido por la psicología de sus intérpretes ha mostrado los más diversos caracteres, que ha sido casi místico en Botticelli, greco-romano en David, realista en Courbet, adquiere, visto así, la transcendencia de algo único. Su belleza vive la vida de todo; es un organismo que recoge y despliega sus líneas perfiladoras, no al azar de la brisa, como las plantas, ni al impulso del instinto, como los animales, sino al capricho de la voluntad consciente; un organismo que, por venir de la materia y tender al ensueño, es el único que puede unirse a otro con enlazamiento que tenga mucho del humus, de la carne y del alma. Es una imagen viva; sus líneas, inmovilizadas, son ideas; sus tonos, enardecidos, llamas.

Pero, más que en la idealidad de los matices, la belleza del desnudo está, para mí, en la línea. El fino y delicioso estremecimiento que va por mi sensibilidad al recorrer sus tonos, me disuelve en lo inefable si me deslizo por sus relieves. Sin inquirir cómo se enlazan los pulimentos y las opacidades; sin agotar las sutilezas disectivas de los efectos modeladores,—la curva en que aletea la luz, la sinuosidad en que duerme la sombra,—recojo del desnudo tal suma de sen-

saciones gozosas que, al revivirlas, para interpretarlas, dudo, desorientado. ¿De qué punto partir? ¿Cómo librarme de lo que me desvía, de las incidencias de la línea, de los episodios de la claridad? Es preciso reposarse; atender primero a lo descrito por el perfil; después, a lo que dice el relieve, a sus caídas, a sus elevaciones; y, por último, a lo que resuelve el equilibrio de la actitud. Es labor de síntesis visiva. Sin ella, sin su recogimiento que depura, no percibo con limpieza la unidad de lo que desearía modelar. Para mí, el lineamiento del desnudo, que se insinúa aquí, trémulo, indeciso, en lo que ha de encubrir, y asoma allá, denodado, en la certeza de lo que ha de mostrar; se define, insinuado por el color, como un dibujo gris. Para tener la imagen exclusivamente escultórica, requiero, pues, huir el atractivo del tono, y, en análisis que una, a la agudez de la mirada, la emotividad del corazón, entregarme a las plasticidades, a los resaltes bruñidos, a las cavidades penumbrosas. Así podré saber, también, si el cuerpo que estudio es apropiado para representar lo fugaz o lo permanente; si necesito enlazarlo a un punto dado de la tierra o de una época; y si, para desprenderlo de lo transitorio,—del tiempo, de la región,—debo presentarlo, como lo veo, desnudo.

El vestido sirve, es cierto, para enaltecer la sencillez de lo natural, y para comentar con las frases de sus pliegues, la actitud de la figura; mas, por ser decorativo, casi diría ornamental, entorpece la simplicidad expresiva del desnudo, lo estrecha en límite circunscriptor de su belleza. Así en la figura libre, en la que se muestra sin nada que la ligue a un estado psíquico individual, a un momento histórico, o a una costumbre; en la figura que se da en la plenitud de su vida, el velo desvía la expresión, oscurece el símbolo. No vistieron los helenos las niveidades venusinas al evocarlas en su salida del mar, húmedas de los aromas anadiómenos, ni velaron a la diosa de la caza, al escupirla en su correr por las selvas nocturnas, seguida de sus perros veloces, Sirio y Proción. El desnudo es la naturaleza, lo eterno; el ropaje es el arte, lo transitorio; es la costumbre y la época; el velo egipcio, el manto griego, la dalmática bizantina. La vestidura convierte el desnudo en obra de análisis, y al escultor en cronista de lo efímero. Las figuras representativas de los elementos morales eternos,

—el amor, la fe, la esperanza,—están sobre lo pasajero, son una fuerza desnuda... Así el artista que las esculpe, no para evocar un minuto cualquiera de la vida individual, sino un valor abstracto, prescinde del vestido, y perfila lo más puro de la belleza corpórea que sueña eternizar, con la línea que llegue, por lo sencilla, a lo perdurable, como esa que algunos escultores de hoy han tomado de lo inmóvil, de los leones de Micenas, de los colosos del Serapión.

El desnudo alcanza, pues, la plenitud de su vida si prescinde de todo lo que pueda unirlo a determinado punto de la tierra o de la historia. Libre de vestidura, ya sea la indecisa y casi abstracta del velo, ya la ritual del manto, esa que insinúa con la mímica de sus pliegues, gestos, dudas de avance, reticencias de acción, se desenvuelve, bajo el cielo, con ternura de flor. Es, en sí mismo, fugaz. Pero, si la melodiosa divagación de sus perfiles es detenida en la piedra, se idealiza, se convierte en algo eterno y puro; es una claridad del espíritu más que una forma de la naturaleza. Sí, nada puede enaltecerlo, darle más valor transcendente, que la alegría de la piedra, la blancura. Ella, junto con ofrecer, atenuada, en la luz y la penumbra, la armonía sensual del colorido, muestra en los relieves, en el contorno, en la actitud, la armonía mental de un símbolo. Su belleza vive, late, aspira, ama. Si para algunas pupilas la piedra permanece, en su inercia, inmóvil, para las del poeta se anima con la lentitud o la rapidez de lo que dice, insinúa o grita. No es ya una simple delicia visiva, una imagen que, al verla, deslíe en la sensibilidad deseos, algo que, al discurrir por la sangre, pone en las manos un florecimiento de caricias, no; en el silencio de su actitud nevada, es idea, esperanza, temor. Es el paso del germen al ensueño; la transfiguración de la carne. Sus brillos son claridades de pensamiento; sus penumbras, medrosidades de intención. Su belleza se convierte en energía que, por venir de la tierra y tender al alma, no es inmoral ni moral, sino una fuerza de la vida; un prodigio de blancura que no se deja encender por el fuego perverso de los sentidos; un ritmo de aspiración que, aún con sus líneas más inexpressivas, me une, ora a las purezas abstractas,—a las alegrías, a los heroísmos,—ora a las purezas materiales, al desnudo mineral, la perla; al desnudo celeste, la luna; al desnudo floral, el lirio.



Perseo.—Estatua existente en la "Loggia del Lanzi". Florencia.

Sobre todo al mármol. Su albor parece nacido para idealizar el desnudo. Nada hay que llegue a lo decidido, a lo sereno, ni a lo augusto de su pureza. Por su origen, por su composición, por su vida, él es, como el desnudo, una síntesis... Venido del silencio y de la sombra, su transparencia insinúa las ansiedades del abismo. La niveidad de la nelúmula es gris junto a la candidez con que en él asoman cristalizadas las partículas calcáreas florecidas en las penumbras submarinas. Si por sus brillos divaga la delicadeza de la primera claridad que tembló en los enmarañamientos de los nautilos astroites; y si por sus tonos mates circulan las albas grises y los crepúsculos blancos de los otoños del mar; por sus venas celestes se deslizan, soñolientas, las vaguedades cerúleas con que los plenilunios platearon el fondo de las aguas antiguas. Es, en su eternidad, un resumen de lo transitorio: de la luz mustia, de la ola perdida, de la madre-

pora muerta. Frente a su alborear, el espíritu vuelve a escalofriarse, como en los orígenes, ante el misterio de las cosas; vuelve a sentir el estremecimiento, entre pavorido y gozoso, que lo despertó a la vida: la precepción táctil, la delicia del relieve, el fuego de la forma. Por eso, cuando veo que la piedra da su idealidad expresiva a un gesto; cuando veo que los cromatiza con el candor de sus blancos, me absorbo en la dulzura de pasar de lo sensitivo a lo imaginativo, de lo real al ensueño. El mármol se hace flor, carne, esperanza. Y como en nada se encienden mejor que en él los albores que divagan por la tierra y el alma,—los que surgen en la espuma se dispersan, los que florecen en la virtud se agostan,—él es, en su serenidad, una blancura casi abstracta, por estar más allá de ese instante de los seres y las cosas en que la vida es lucha, y la belleza, victoria.

Del libro "Las Blancuras Sagradas".

